

## EDUCACIÓN PÚBLICA Y CIVILIZACIÓN CHILENA

La civilización se construye con recursos privados que se destinan a propósitos públicos. Tal como no existe un lenguaje totalmente privado, tampoco existen civilizaciones privatizadas. La civilización requiere una educación que suavice las formas y consolide la paz entre personas diferentes. Sin embargo, para construir una civilización no debemos identificar lo estatal con lo público. Por eso el Estado docente que existió como subproducto del estado confesional no es un proyecto civilizador porque desconfía de la libertad de las personas. Actualmente, la educación pública que es civilizadora se caracteriza por sus instituciones que reconocen igual ciudadanía, distinción por el mérito y un compromiso con la libertad.

Esto lo entendieron bien los chilenos que contribuyeron a formar nuestro sistema público de educación. Andrés Bello al crear la Universidad de Chile, los hermanos Amunátegui al institucionalizar la educación primaria y Jorge Millas con su defensa de la educación superior contra la barbarie y la vigilancia. Todos ellos construyeron la civilización chilena. Estos defensores de la libertad se comprometieron con un sistema público educacional que supone adoptar normas obligatorias y crear instituciones. Es que ellos sabían que no se puede construir una civilización sin educación pública y esta no puede subsistir sin normas y sin instituciones.

En Chile, la educación pública subsiste pero ha adoptado una forma desordenada e inconsistente. Así por contraste con nuestros precursores las autoridades educacionales actuales han declarado que toda forma de educación tiene sentido público. Así desgraciadamente no discriminan en favor de la educación que contribuye a la civilización y contribuyen a validar ejemplos de fracaso extremo como el de Colonia Dignidad. También las autoridades han propuesto reemplazar la Prueba de Aptitud Académica por el SIES porque quieren subir exigencias, salvar defectos tales como la discriminación femenina, y consolidar una reforma educacional con nuevos contenidos. Sin embargo, la Prueba de Aptitud Académica y las Específicas, con todos sus defectos formaban un patrón institucionalizado confiable que permitía identificar buenos alumnos, como me consta en mi experiencia como profesor de primer año en la universidad. Es cierto que los estudios que respalden esta observación empírica faltan, pero por eso mismo convendría hacerlos, en vez de hacer como si fuesen negativos. Además, se aprecia cierta confusión institucional en el proyecto SIES porque inicialmente un informe del Ministerio de Educación propuso integrar sus funcionarios con el DEMRE de la Universidad de Chile y con profesores seleccionados de Educación Media y expertos internacionales. Ahora en cambio las Universidades de Chile y Católica han dudado de su apoyo al SIES. Por ejemplo, el Rector Rosso ha dicho en una carta reciente que el SIES debe ser asignado a una entidad técnica escogida mediante un

Pablo Ruiz-Tagle Vial

proceso de licitación y que la institución pontificia "está considerando establecer un nuevo proceso de admisión para quienes postulen a ella". Y el Rector Riveros ha recibido de su vicerrectoría una solicitud de postergación del SIES. Y eso que en el proyecto FONDEF que financio la creación del SIES con \$450 millones figuran los rectores Luis Riveros y Pedro Rosso en su Comité Directivo y se atribuye la propiedad intelectual al DEMRE. Ahora los investigadores Jorge Manzi y David Bravo se apoyan en el Ministerio de Educación y el Consejo de Rectores, cuyas universidades dependen de los fondos que esta cartera asigna. ¿Será tiempo que los profesores de la Universidad de Chile se pronuncien ante estas contradicciones institucionales?

Sumado a lo anterior, las autoridades y sus columnistas argumentan contra el "elitismo" en materia universitaria y han propuesto reasignar el sistema presupuesto educacional otorgando financiamiento público a los institutos profesionales y centros de formación técnica. Esto se concreta en la página web del Ministerio que pide como requisitos para acceder a esos fondos: que la institución en cuestión tenga a lo menos dos promociones de egresados, no haber sido sometido a proceso de fiscalización en los últimos dos años y contar con 100 alumnos o más por sede. Así se comprometen fondos públicos sin discriminar y sin hacerse cargo de como contribuyen estas instituciones y sus cursos a nuestro esfuerzo civilizador. Se decide además financiar a los alumnos de las universidades privadas, al mismo tiempo que los responsables de la educación superior declaran que estas instituciones gastan aproximadamente 25 millones de dólares en publicidad, que estas parecen tener fines de lucro y que el ingreso a sus carreras no toma en cuenta patrones imparciales y objetivos. Curioso no. Pero suma y sigue, porque las autoridades renuncian a examinar de verdad las universidades públicas y las privadas y proponen sistemas de auto acreditación que mezclan galgos con podencos. Así, la entrega de recursos públicos a las universidades no es imparcial y se las mantiene endeudadas para domesticarlas. Lo anterior produce una actitud universitaria pedigüeña que renuncia a su autonomía universitaria y que aumenta sus exiguos ingresos por la vía de la venta de servicios y del incremento de la matrícula.

Entonces tal como denuncia un académico descontinuado en su precaria contrata, una buena parte de los alumnos terminan estudiando bodegaje, inyección de gasolina y otras disciplinas "académicas" semejantes. Y para pagar estas "instituciones" de cabecitas negras se pide crédito, que por supuesto después no se paga, lo que significa menos recursos y clases masivas donde se perpetúa la nada misma. El círculo casi se cierra cuando las autoridades declaran ante las legítimas movilizaciones estudiantiles, que estas nada pueden lograr y ante la opinión pública sus voceros declaran como ultramontanos que la oferta educacional pública de nivel universitario es superflua y que atenta la libertad de enseñanza. Entonces como tiro de gracia, al igual que en el gobierno militar, aquellos que se incomodan frente a la existencia de una elite intelectual diversa y fundada en el mérito, se acusa el carácter privilegiado de los universitarios y se aboga porque los siempre escasos fondos educacionales levanten la educación primaria de los menos aventajados. Desgraciadamente estos nobles propósitos se desmoronan porque después de avanzar por este camino y de los resultados del SIMCE se descubre que los recursos y equipos invertidos no pueden redituarse lo esperado. Se concluye entonces que en Chile no hay profesores que puedan levantar el nivel de la educación primaria. Y esta constatación no es de extraña, porque tal como en 1842 lo dijo Andrés Bello los profesores para ser buenos tienen que formarse en

Pablo Ruiz-Tagle Vial

un ambiente universitario exigente. Como si esto fuese poco, de manera frívola y efectista y ya a estas alturas sin saber que hacer con las universidades, los voceros las acusan de corporativismo, sin pensar que en todo el mundo se organizan precisamente como corporaciones. Por supuesto que son una clase de corporación muy especial, porque en ellas se transmite el saber vinculado a la civilización y la libertad y porque son instituciones donde lo importante se debate. De hecho es la confrontación de las ideas lo que distingue a las universidades de las simples academias, de los politécnicos y los conventos.

En definitiva, podemos construir nuestra civilización chilena si revisamos nuestras instituciones educacionales. ¿Qué tipo de colegios, liceos, institutos, centros y universidades queremos? Inspirado en nuestros precursores que fueron exitosos, podemos y debemos tener educación primaria y secundaria pública y gratuita para todos. No podemos ni debemos tener educación postsecundaria gratuita ni financiada con fondos públicos para todos. Esta sólo debe estar disponible para los mejores, incluidos los mejores técnicos profesionales. Lo anterior implica que a la educación universitaria que tiene financiamiento público sólo deben acceder los que tienen verdadero mérito. Y cualesquiera que sea el origen o nivel socioeconómico de esta elite debemos seleccionarlos con un sistema imparcial y competitivo. Las universidades y las instituciones educacionales postsecundarias mediocres, sean estas públicas o privadas no merecen apoyo financiero ni reconocimiento público. Así podremos discriminar entre aquellas formas de educación que contribuyen a la civilización y aquellas que no. De esta manera lo hizo Chile desde el siglo XIX y construyó uno de los mejores sistemas educacionales de Latinoamérica y nos libramos de muchos problemas en nuestro país. ¿Porque no seguir mejorando lo que ha probado su éxito en el tiempo?

(Publicado en Suplemento ARTES Y LETRAS DIARIO El Mercurio, Domingo 14 de Julio de 2002).